
WILKINSON SWORD
WILKINSON SWORD
WILKINSON SWORD

LADY WILKINSON SWORD

La vida nunca es una colección de oportunidades.

La vida es una sola oportunidad que no se presenta dos veces.

Así fue para mí.

Durante mis años en la masonería italiana, reconocida en sus rituales y tradiciones por la Gran Logia Unida de Inglaterra, tuve la oportunidad de participar en una reunión bastante insólita.

Yo estaba ya en el Tercer Grado, pero llegué con la actitud adecuada: la de un Aprendiz.

No era una reunión ritual.

No había mandiles, ni símbolos, ni palabras que memorizar.

Era simplemente una cena.

Una cena en Londres.

Una de esas veladas que parecen corrientes mientras las vives y solo se vuelven extraordinarias muchos años después, cuando por fin comprendes su sentido.

Londres tenía su encanto de siempre.

La historia parecía asomarse desde cada edificio.

La Corona.

La City.

Los clubes privados.

Las instituciones.

Las tradiciones que sobreviven a los hombres que las crearon.

A través de mis anteriores experiencias profesionales en Gillette, y en aquellos lugares, me encontré, casi por casualidad, con una historia mucho más vieja que yo.

Una historia que no pertenecía a la masonería.

Tampoco pertenecía a los negocios.

Pertenecía a Inglaterra.

Se llamaba Wilkinson Sword.

O quizá sería más exacto llamarla:

Lady Wilkinson Sword.

Porque algunas empresas generan beneficios.

Otras crean historia.

Ella había hecho las dos cosas.

Su acento era inglés, sus maneras elegantes, su estilo refinado.

Sonreía a través de los años que llevaba encima.

Sabía que ya no era joven.

Había perdido la ligereza de la juventud, pero no la lucidez.

Su intelecto seguía siendo fuerte.

Sus ideas seguían siendo afiladas.

Siempre que me hablaba usaba ese tono casi romántico de una gata vieja que ronronea junto a la chimenea, y pronunciaba siempre mi nombre con una leve imperfección:

“Fernando…”

Nunca necesitó presentación.

Le bastaba con entrar en la sala.

Llevaba consigo el peso de la historia.

Había vivido guerras, reyes, reinas, revoluciones industriales, adquisiciones y consejos de administración.

Había visto a hombres hacerse ricos.

Había visto desaparecer imperios.

Había visto a directivos convencidos de ser inmortales.

Y, sin embargo, seguía allí.

Elegante.

Callada.

Británica.

En aquel momento comprendí que algunas empresas no son empresas en absoluto.

Son instituciones.

Unas pertenecen a los accionistas.

Otras pertenecen a la historia.

Lady Wilkinson Sword pertenecía a las segundas.

Y yo empezaba a pertenecerle, solo un poco, también a ella.

Ferdinando